





# LA FORMA DE LOS HECHOS

FERNANDO JEREZ



SIMPLEMENTE  
EDITORES

© de los textos: Fernando Jerez

© De esta edición:

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Príncipe de Gales 5921 oficina 910

Teléfono: 56 2 2752 0057

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual: 262275

ISBN: 978-956-8865-35-1

**Diseño y diagramación:**

Sergio Cruz

**Dibujo de portada:**

Andrés Sabella (1912-1989)

**Impreso en:**

Dimacofi

Febrero, 2016

Ch863

J55f Jerez, Fernando, 1937

La forma de los hechos /Fernando Jerez. –

1a. ed. –

Santiago de Chile : Simplemente Editores, 2016

194 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-35-1

1. Novelas chilenas. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

# LA FORMA DE LOS HECHOS

FERNANDO JEREZ





*Dedicatoria  
IN MEMORIAM*

*Para dos de mis compañeros de curso  
en los Hermanos Maristas:*

**Hugo Canales Bonzi**, amigo entrañable  
que se ganó la vida en diversos oficios,  
últimamente como corredor de propiedades.

*y*

**Sergio Ortega**, autor de himnos inolvidables  
que ayudaron a la movilización  
de su pueblo.

*También:*

para **Carlos Poblete**, que firmaba  
sus increíbles pinturas como K Poblete.

*y*

el escritor **Carlos Olivárez**, en la vida, una breve  
mente brillante.





*“Porque el tiempo no es más que  
la relación entre la forma  
en que cambian  
cosas distintas”.*

Mark Haddon  
(El curioso incidente del  
perro a medianoche).



Un hombre habló al otro lado de la línea y él despertó del aburrimiento. El tedio lo consumía desde siempre y desde siempre eran muchos años. El horizonte lo veía en otra parte y quería largarse cuanto antes del Servicio. Nunca contestaba el teléfono directamente, pero esta vez su ayudante se encontraba en un trámite de intimidad en la misma oficina. El hombre que llamaba dijo: tengo un dato para ustedes. Me da lo mismo si les interesa. Y él se quedó mudo, nada más arrastrando un ruidito como señal de disgusto, a punto de cortarle. El otro siguió: soy un vagabundo, he visto cosas interesantes en mi vida, pero yo siempre voy de paso, nunca me detengo a no ser para echar una dormidita en alguna parte. Hace una semana quise hacer eso. Entrar a dormir a una choza abandonada, bueno yo le llamo choza, una porquería, allá lejos. Usted llega a la curva de la muerte y de ahí baja unos diez kilómetros.

Para qué llama, dijo él. Y el otro: nada más para decirle que en la choza hay un cráneo humano y unos huesitos que no dan para hacer un esqueleto completo. A simple vista son muy viejos, tan viejos como yo que un día me voy a caer en cualquier parte. Hagan su trabajo. Me da lo mismo si no lo hacen, con haberlo dicho me quedo tranquilo igual.

El hombre cortó. De inmediato le dio vergüenza lo que había pensado, pero era la oportunidad de quitarse el tedio. Repasó las coordenadas que había anotado nada más por un acto mecánico nacido del hastío. En el taco calendario no anotaba nunca nada que no fueran inocentes recordatorios domésticos. Porque una palabra mal interpretada por alguien del Servicio que pasara por ahí, podía exponer al funcionario a una situación difícil de explicar.

Golpecitos en la puerta de la oficina del jefe le permitieron entrar. El superior rumiaba organizando en su escritorio los procedimientos del día. Inteligencia pronosticaba días difíciles, por eso andaban todos alterados. Además, en ese mismo momento, el coro rabioso de las manifestaciones callejeras, traspasaba desde lejos el cristal de la ventana. El jefe le devolvió el saludo sin levantar cabeza, por tanto, él se entretuvo leyendo la portada del diario matutino que el tibio sol de marzo iluminaba desde la ventana: una turba había asaltado dos trolebuses de la locomoción pública. Uno de los vehículos había acabado envuelto en llamas. La imagen inferior mostraba la cortina metálica de una tienda, llena de groseras consignas contra el gobierno.

El jefe asintió con la cabeza y él contó el relato del vagabundo sin mencionarlo porque rebajaría la veracidad del asunto. En conclusión, se ofreció para concurrir al sitio.

El jefe reaccionó enérgico diciendo que en el Servicio sobraba gente y faltaban talentos. Y en seguida se quejó en su cara: no trabaja usted en un museo de huesitos prehistóricos. No trabaja en un club de sordos incapacitados de oír los gritos de la gente que vocifera y amenaza en las calles contra el decreto del gobierno que pone valores más altos a los pasajes de la locomoción colectiva.

El superior descargó un golpe de puño enojado en el papel secante que protegía la superficie del escritorio y él vio cómo saltaban los clips, los timbres de goma que colgaban del asidero como caballitos de carrusel, y la almohadilla entintada se desplazó junto a la placa del Servicio que el jefe acostumbraba a lustrar con la franela hasta dejarla reluciente. Dijo:

—Le doy mi autorización, Contreras. Pero tendrá que arriesgarse a la notificación que he de redactar después que usted venga a decirme que volvió sin resultados. —Se levantó de la silla, sacó un cigarrillo y prendió tres fósforos

en el intento por hacer llama. Él lo auxilió con el fuego de su Zippo imbatible. El jefe volvió a sentarse después de echar el humo al cristal de la ventana por donde entraban los gritos lejanos de la gente—. Quiero que la actuación la haga acompañado de Balbino Crespi, funcionario que consiguió licencia médica, seguramente maliciosa, a partir de mañana. Atentos en todo caso, a que en cualquier momento reciban un llamado de acuartelamiento.

Trasponía la puerta de salida cuando el jefe lo llamó: la próxima vez que me hable, sáquese el sombrero. Nunca le miro la frente, no se preocupe, oyó que le decía. Él cerró la puerta de forma que el jefe notara su malestar y escupió con fuerza en el pasillo.

Balbino Crespi lo esperaba en la cochera. Ambos habían dormido poco desde el comienzo de las protestas. La noche anterior él mismo no había podido dar con las huellas de los sindicalistas del transporte público. Y Balbino Crespi, por su parte, vio frustrada la gestión que le habían encargado de ubicar el lugar exacto donde ahora se reunían los cabecillas de los estudiantes.

Ya instalados en la camioneta, pensó que Crespi no era el compañero que él hubiera elegido para un viaje largo. Esperaba que al menos lo mantuviera despierto. Anímate le dijo él cuando miró su cara de mal humor. Crespi reaccionó agitando ante sus ojos, con cierta brusquedad, la arrugada licencia médica que sacó del bolsillo. A lo largo de los años, en diversas ocasiones, él estuvo muchas veces a punto de preguntarle cuál había sido la descabellada idea que lo llevó a ingresar al Servicio.

Cuando vendiera la casa heredada del padre y renunciara a su empleo, dejaría de mirar caras como la de Crespi. Pero aún le faltaba un resto de capital para hacerse de una fuente de soda con especialidad en la preparación de hot dogs. Y los avances de la ciencia médica prometían borrarle